

dulzura. Fué preciso renunciar por entonces á aquella saludable expedicion.

Salvatierra, después de hacer algunos regalos á los indígenas que pudo alcanzar, y después de asegurarles que llevaba intenciones pacíficas, dejó la Paz para regresar á Loreto. Llegado allí envió la balandra á Matanchel en busca de provisiones. Por desgracia naufragó la embarcacion; nueve personas se ahogaron, y solo quedó á la mision el "san Javier" que contaba diez y ocho años de servicio.

CAPITULO XVIII.

LA PESCA DE PERLAS.

Luego que el padre. Salvatierra organizó el gobierno civil y espiritual de la California, se pensó en volver á la pesca de perlas, que antes habia suscitado tan grande oposicion de parte de los indígenas.

La California, considerada hoy como una vasta mina de oro, tenia mas fama en aquella época por la abundancia de perlas que sus aguas contenian. La pesca, pues, hubiera podido ser un manantial de incalculable riqueza, tanto para el real tesoro como para los particulares. Pero sucede respecto de los bienes materiales, lo que con las pasiones humanas, que son origen

de discordias. Juan María, á quien se consultó acerca de los medios de regularizar los derechos de pesca, dió sabios consejos al virey de México muy prudentes y llenos de equidad de aquellos que debieran desarmar los intereses privados: "Es justo, decia, permitir la pesca á los habitantes de las costas de Nueva España; este es un medio de aumentar las rentas reales, de estimular la navegacion, de combatir la piratería y de favorecer la llegada de provisiones. La California tendria de esta manera un modo de satisfacer á la madre patria la deuda de su reconocimiento." Así es como trabajando por el bien de las almas aquellos hombres verdaderamente ilustrados, no descuidaban los intereses y el honor de la patria. La Compañía de Jesús no ocultaba, pues, como se ha osado decir, los inmensos recursos de la California para reservárselos exclusivamente. "Seria peligroso, añade, dejar ese derecho á solo la guarnicion que, distraida así de las atenciones del servicio, llegaria á ser mas perjudicial que útil. El virey y su consejo adoptaron las medidas propuestas, prohibiendo en consecuencia la pesca clandestina, por cuyo medio se aseguraba para el erario real la quinta parte que le correspondia y que se regulaba en doce mil pesos.

Pero estas medidas herian aun ciertos intereses, por lo que causaron una viva exasperacion entre los soldados, quienes las tomaron por pretexto para calumniar á los misioneros. ¿Es este, decian, el premio de nuestros trabajos y de las fatigas que nos ha costado la conquista y

pacificación de esta comarca? Se les prohibía la pesca, pero les era permitido el tráfico de perlas bajo fuertes condiciones. No eran, pues, absolutamente infundadas sus quejas, porque si bien la mayor parte de aquellos soldados eran hombres sin ley, europeos aventureros y sin honor, se encontraban muchos cuya buena conducta y valor habian merecido bien de los padres (1).

El padre Nicolás Tamaral, nombrado para la mision de la Purísima en 1717, llegó á la bahía de san Dionisio con varias cartas del provincial Gaspar Kodeso; en ellas comunicaba al padre Salvatierra las benévolas disposiciones de D. Gaspar de Zúñiga, marqués de Valero, nuevo virey. Le comunicaba igualmente su deseo de que conferenciase con el marqués. A pesar de de sus enfermedades y de sus muchas fatigas y trabajos, el misionero no vaciló un instante y partió para México. El hermano Jaime Bravo no quiso abandonarle á los peligros de tan larga travesía, por lo que solo quedó en la mision el padre Ugarte.

Los dos viajeros atravesaron con felicidad el golfo y tomaron el rumbo de Tepic; pero el movimiento del caballo aumentó los dolores del padre Juan María hasta el extremo de tener que llevarle en un palanquin hasta Guadalajara. Su mal hizo rápidos progresos, y al cabo

1 Nunca seran bastante elogiadas la conducta humana y la adhesion del capitán Estéban Rodríguez Lorenzo.

de dos meses de verdadera agonía, sintiendo acercarse su fin, dejó en manos del hermano Bravo los negocios de la mision. Coronó con una muerte de las mas apacibles y dulces la heroica vida que llevó siempre. Toda la ciudad asistió á su entierro. Era un concierto universal de alabanzas y de sentimiento. En esta triste solemnidad se hicieron notar, sobre todos los californios que el padre habia traído consigo. Esos buenos y fieles indigenas se deshacian en llanto y exhalaban grandes suspiros. El cuerpo del santo jesuita fué depositado en la capilla que él mismo habia erigido en honor de Nuestra Señora de Loreto.

¡Muerte feliz, dichoso fin! No eran los funerales de un desterrado llevado á su pesar á lejanos desiertos; no era un cautivo de Babilonia que exhalara tristemente su último suspiro al recuerdo de Sion; no era tampoco la muerte de aquel griego que se acordaba de la dulce Argos. Salvatierra, en el cabo del mundo, moria en la patria que él se escogiera, en medio de sus hijos adoptivos; espiraba, por decirlo así, en el hogar de la familia cuyo padre, amor y sosten habia sido.

Luego que el hermano Jaime su fiel compañero, hubo llenado los piadosos deberes de aquella inhumacion, puso en orden los papeles del difunto y partió para México en donde fué muy bien acogido por el virey. Una nueva real orden de 29 de Enero de 1716, se expresa en términos formales y muy benévolos acerca de las ventajas de todo género que la conquista de

la California importaba. El célebre Alberoni dirigia á la sazón los negocios de España, y este hábil ministro no podia comprender como después de tantos esfuerzos y gastos se podia haber abandonado aquella preciosa colonia.

Un habitante de la Nueva España ofreció al rey adelantar 20,000 pesos á condicion de ser nombrado gobernador de la California y alcalde de dos ó tres ciudades. Faltaba dinero pues que se tenian entonces grandes empresas entre manos; la oferta era, pues, seductora, pero Alberoni no se dejó alucinar; su penetracion descubrió los perjuicios que mas tarde habian de resultar de semejante concesion, y evidentemente, aquel mexicano no podia hacer tales ofertas sino en mira de grandes ventajas que obtendria con perjuicio del bien público; era necesario además, para secundarlo, gran número de tropas y el uso de medidas opresivas con respecto á los soldados, los marinos, los habitantes, los misioneros y los californios convertidos, pues tal vez así lo exigiria el interés de la codicia. No obstante, al cardenal no le pareció prudente desechar de luego á luego la oferta del rico capitalista, sino que oido el parecer de los obispos acerca de la propuesta, le ocurrió el pensamiento de colonizar las costas de la América del Sur y extender la dominacion española por el Norte de Sonora.

Felipe V, que sentia correr en sus venas la sangre de Luis XIV, era natural que acogiese bien los designios de este segundo Richelieu: ordenó, pues, al nuevo virey, que protegiese las

misiones de Sonora, arreglándose, respecto de la California, á las instrucciones que se le daban. El marqués de Valero llegó á México, conferenció con el provincial Kodero por lo tocante á la ejecucion de sus instrucciones y quiso que asistiese al consejo de ministros juntamente con el padre Alejandro Romano, agente de la California (1). Las instrucciones fueron leidas en la sesion. Se trataba en ellas acerca de la fundacion de colonias españolas hácia la parte Oeste. Los ministros aplaudieron el pensamiento, pero el padre Alejandro, mejor instruido que nadie de la situacion del país, expuso las dificultades de la empresa muchas veces intentada por sus predecesores. Movidó por esta reflexion, el virey juzgó conveniente explorar la opinion del padre Salvatierra. Mas ¡ay! el padre habia muerto; se ocurrió entonces al hermano Bravo, que sorprendió al consejo por sus talentos y su experiencia. Redactó dos memorias; en la primera pinta á fondo el estado de aquel país tan estéril y las dificultades relativas á la navegacion; en la otra indicaba los medios de extender la conquista segun las miras del rey. Estas memorias, enviadas al consejo, fueron discutidas en él resolviendo este de absoluta conformidad. Hé aquí algunos pasajes.

“Como quiera que el real erario no ha gastado casi nada en esta empresa, pues las misiones se han sostenido por medio de donativos parti-

1 Este padre reemplazó á Juan Ugarte, siendo á su vez reemplazado por el padre José Echeverría.

culares, el rescripto, cuyo espíritu no es de hacer economías mal entendidas ni injustas, haciendo perder á los jesuitas el fruto de sus trabajos y gastos que ascienden á mas de 500.000 pesos, en manera alguna importa la cesacion de las misiones, sino por el contrario, quiere su conservacion y aumento."

En seguida se habla de la necesidad de descubrir un puerto y fortificarlo, de construir y equipar una embarcacion y de seguir las instrucciones de los padres, de cuya discrecion se confia tanto mas cuanto que conocen el país, sus costas, mares, etc., etc.

El padre Bravo pidió otra guarnicion para la Paz ó para san Lucas. Se le concedió, así como tambien la fundacion de un seminario destinado á la educacion de los niños. Pero se presentaron dificultades financieras exageradas sin duda por el tesorero Mendoza, de modo que la guarnicion quedó reducida á un efectivo muy corto y el seminario no se fundó. Este contratiempo no desconcertó al hermano Bravo; insistió en su pretension queriendo dirigirse al mismo rey, y pidió al fin que cuando menos se le admitiese un memorial que se reservase para lo futuro. Este memorial fué encontrado tres años mas tarde en casa de un particular.

Existe una carta del padre Piccolo al padre Arassal, rector del colegio de Guadiana, acerca de sus descubrimientos en el Norte de la California y sobre las disposiciones de los habitantes de las costas del mar del Sur y de las opuestas para recibir el Evangelio. Pinta en ella los

peligros y la miseria á que estaba reducida la mision. La Providencia hizo que esta carta viniese á manos de D. Pedro, obispo de Durango, de quien dependia la diócesis de California. Enternecido el santo prelado por su lectura hasta derramar lágrimas, envió la carta á Felipe V con las mas vivas instancias, á fin de obtener algunos misioneros mas; Alberoni hizo inclinar la voluntad del rey que expidió una nueva cédula. El virey comprendió entonces, con dolor, que los actos del consejo eran extraviados. Por desgracia el cardenal Alberoni fué desterrado en 1719, y por lo mismo sus proyectos relativos á América y á las Islas Filipinas quedaron abandonados.

Un terrible huracán, tal como jamás se habia visto, devastó toda la California; torrentes de agua arrastraron á su paso cuanto encontraban; el canal se desbordó, la esclusa de san Javier fué arrebatada y las sementeras destruidas; un jóven español fué arrebatado tambien por un torbellino y desapareció para siempre. Fácil es imaginarse lo que sucederia con los buques. La iglesia y la casa del padre Ugarte fueron echadas por tierra y arrancados hasta los cimientos; apenas tuvo tiempo el padre para guarecerse bajo de una roca en donde permaneció veinticuatro horas.

En la aldea de san Miguel dos tribus de idólatras pedian el bautismo al padre Tamaral, que en seguida se dirigió á través de las montañas hácia las tribus de Cadigomo, con el fin de sembrar granos y formar pastos; ¡vanos es-

fuerzos! No obstante, al cabo de algunos años, á fuerza de trabajo pudo cosechar maíz, cerca de la Concepcion; practicó tambien un camino para llegar á Santa Rosalía, lugar mas favorable para hacerse de provisiones; en este lugar erigió una iglesia y levantó una casa. Dios bendijo su perseverancia. A pesar de sus enfermedades y continua debilidad el padre fundó una mision en un radio de mas de treinta leguas á través de las rocas y montañas. De cuarenta diversas tribus, todas nómadas, que habia allí, logró instruir y civilizar á treinta y tres y administró el bautismo á cerca de 2,000 indígenas. En una palabra, mediante su solicitud, aquellos salvajes formaron muy pronto una de las mas bellas y numerosas misiones que se vieron en el país.

Si el lector se sorprende de estos prodigios, una sola palabra basta para que lo comprenda todo: dilexit, amó.

El padre Ugarte pensaba siempre en sus proyectos de descubrimientos geográficos. Ninguno habia reconocido aun las dos costas y no se sabia á punto fijo, á pesar de los asertos del padre Knio, si la California estaba contigua á la Nueva España. Diversos planes y empresas agitaban á la sazón aquella alma ardiente; mas para ponerlos en planta era necesario contar con una embarcacion bien provista y acondicionada, y el "san Javier," lo mismo que el navío cedido por el virey, no servian para reconocimientos tan peligrosos. El padre Ugarte resolvió construir por sí mismo un buque. Para

esto era preciso, lo mismo que para la construccion de las capillas, hacer venir la madera de la costa opuesta. Los indígenas dieron noticia al padre de que á setenta leguas de allí podria encontrar maderas de monte. El intrépido misionero se puso en marcha para certificarse de la verdad, en compañía del padre Sistiaga, el conductor, dos soldados y algunos guias indígenas.

CAPITULO XIX.

TRABAJOS DE LOS MISIONEROS.

El lector habrá comprendido ya lo que es una excursion sobre esa tierra tormentosa formada de montañas inmensas y de precipicios sin fondo. La pequeña caravana venció con felicidad aquellos obstáculos. A treinta leguas de Mulege se encuentra un bosque de guarivos, pero era necesario descender al fondo de los precipicios para hacerse de ellos y trasportarlos en seguida al mar. El constructor declaró que esto era imposible. El padre se volvió silenciosamente y tomó el rumbo de Loreto, allí fué objeto de las murmuraciones de la gente, pues la empresa habia sido considerada siempre como extravagante é inasequible. Mas el padre no se desanimó sino que volvió á buscar sus queridos guarivos, y mientras que una parte de